

unas veces, otras en pleno día, ó favorecidos por las sombras de las lluviosas noches de la estación de aguas en que tenía verificativo el sitio de la capital del imperio. Inmensas columnas que se precipitaban sobre las calzadas, encontraban dique infranqueable en las masas aguerridas de los meshica, que las obligaban á retroceder; pero más y más auxilios Cortés recibía, y los sitiados más y más pérdidas imposibles de reponerse sufrían diariamente.

Tres asaltos generales no dieron resultado á Cortés, y entonces destinó 100.000 de sus aliados á que pusieran fuego sistemáticamente á la ciudad, para con aquel terrible auxiliar elemento, poder ir avanzando sobre los defensores de la plaza, á quienes estrecha; pero vuelven éstos, valerosos, á ensanchar su radio de acción, después de derrotar las fuerzas que los atacan el 30 de Junio, aniversario de la *noche triste*. Mas los días no transcurrían en vano para los sitiados, que sentían el hambre y sufrían la peste producida por las decenas de millares de cadáveres insepultos, podridos á la margen de los lagos, en las acequias y en el lodazal de las calles. Por otra parte, las lluvias caían sin cesar, y todo contribuía á aumentar la corrupción y las enfermedades.

El incendio había destruído, para el 24 de Julio, gran parte de la ciudad: el hacinamiento de ruinas humeantes, estaba á la vista de los meshica; detrás de ellas, los sitiadores, en lugares estratégicos, sobre tierra firme ó en agua; bajo sus pies tenían los meshica los cadáveres, y tantos eran ya, que cubrían el pavimento; en la atmósfera la peste, el hambre en las entrañas, y siempre el valor en el corazón. Tlaltelolco era el único refugio que les restaba; habían perdido las tres cuartas partes de sus guerreros, y en semejantes condiciones Cortés enviaba misivas á Cuauhtemoc, pidiéndole que se rindiera á cambio de gracias que le ofrecía; y el Emperador, digno representante de una raza heroica, mandaba airado que se diera luego la muerte á los emisarios del capitán español, y los cuales éste escogía por su alta alcurnia, entre los mismos prisioneros arrebatados al enemigo. En cuanto á prisioneros españoles y aliados que en los combates hacían los meshicas, todos, por centenares y centenares, se sacrificaban al dios de la guerra, al feroz *Huitziliposhli*. Se encendía el combate, y en medio de su estruendo, se escuchaba el siniestro rugir del caracol de Cuauhtemoc, incitando á sus huestes siempre y sin cesar á la pelea.

Llegó el día 10 de Agosto, y los meshicas seguían su heroica, increíble resistencia; pasó el 11 en inútiles misivas á Cuauhtemoc, á quien Cortés solicitaba ver, y llegó así también el 12; por lo que el capitán español, desesperado de aquella tenacidad, embiste sobre los meshicas, que hambrientos y débiles, se mostraban briosos, y matando caían heridos ó muertos sobre tantos cadáveres de los fenecidos en los últimos combates; pues materialmente se peleaba sobre ellos, aplastando sus miembros con los pies.

Quedó á los sitiados el solo barrio que hoy es conocido con el nombre de Santa Ana. A los setenta y cinco días de lucha, el 13 de Agosto, otro asalto general se renueva. Aun insiste Cortés en intimar rendición, y se le contesta que se prefiere la muerte. Ya faltaba tierra para luchar, y los meshicas hacían por agua la embestida contra los enemigos, que llenaban literalmente las calles y calzadas.



Fortaleza de Centla

Cuauhtemoc, con algunos en canoas, salió al fin de aquel ensangrentado montón de ruinas y podredumbre; y dándole alcance los bergantines, fué hecho prisionero y conducido á presencia de Cortés, que, en su admiración, no pudo menos de abrazar á aquel héroe, de cuyos ojos brotó una lágrima, y señalando el puñal de su vencedor, le dijo: *Pues que he hecho cuanto podía en defensa de mi pueblo, y ahora ya prisionero nada puedo, toma esa arma y mátame con ella.*

Así finalizó la grandeza del imperio del Anáhuac.

Sólo hemos dado cuenta del primero y último combates entre el Conquistador y los aztecas; pues no es posible, en breves páginas, hablar de toda esa azarosa campaña que ocupa el tiempo transcurrido entre uno y otro trascendental acontecimiento.

El gran capitán español asegura la conquista al Oriente y Sur de México y se extiende á Michoacán.

Se establecen en México los gobiernos españoles, bajo el nombre de audiencias, primero, y virreynatos después, y las conquistas se llevan á pequeños reinos existentes en el territorio, formándose así un todo homogéneo, por virtud de la fuerza de las armas, habiendo siempre los españoles contado en sus empresas con poderosos auxiliares aborígenes.

Epoca virreinal.—Consumada al fin la Conquista, á los indios se les aleja de todo aquello que pudiera excitar sus instintos guerreros, y se les mantiene en servidumbre. Hasta mediados del siglo xvii se emplea en el servicio de armas á los mestizos, hijos de español é india: hombres ardorosos, ágiles, sobrios, excelentísimos jinetes, pues que superaban con mucho en la equitación á los conquistadores sus maestros.

Entregados á los trabajos de campo, teniendo que atravesar montañas y valles desiertos, jinetes sobre nerviosos caballos de procedencia andaluza, los *mestizos*, inteligentes y conocedores de la tierra, pronto formaron un tipo especial.

En 1690, el virrey, conde de Galve, envió un contingente de tropas de México á la Isla Española, invadida por franceses, bajo el mando del titulado Gobernador Cussi, y obtuvieron allí una victoria que se debió á la furiosa carga dada por 500 lanceros mexicanos. Primera notable hazaña de los soldados de una raza nueva, de la raza mestiza á que hemos aludido.

Las tropas mexicanas, usando el uniforme y armas del ejército de España, y bajo el régimen de sus ordenanzas, teniendo oficiales hispanos, comenzaron la vida militar. Sin embargo, con carácter de permanentes, en 1761 sólo existían en la Nueva España (México) 2.796 hombres de las tres armas. Dedicadas tales tropas á sostener fuertes en la frontera, combatida sin cesar por los salvajes, que habíanse retirado más y más hacia el Norte, resultaban capaces para contrarrestar ventajosamente á sus comunes enemigos, que carecían de armas de fuego; pero su disciplina y su instrucción sólo eran remedo de las que nutrían á las renombradas huestes de la metrópoli, que habían paseado los estandartes victoriosos de Carlos V y de Felipe II por la guerrera Europa.

Aquel núcleo, pues, de menos de 3.000 hombres esparcidos en 300 leguas, le pareció bien deficiente al Virrey, marqués de Cruillas, que trató de organizar las fuerzas de la Nueva España; y sin tomarlo casi en cuenta, procedió, pidiendo cuadros de oficiales á la metrópoli, á crear nuevas tropas. Desde 1762 puso sobre las armas lo que se llamaba las *milicias*; soldados que sólo de nombre y para hacer algún servicio local, muy de tarde en tarde, existían sin vivir acuartelados; ayudado por el comercio de las ciudades principales, levantó cuerpos de voluntarios, de infantería y caballería; y así quedó formado, al terminar el año que citamos, lo que se denominó Ejército de Nueva España, con un total de 8.000 hombres y 30 piezas de artillería.

Esta organización tenía efecto bajo el reinado de Carlos III, quien en 1765 envió de España, para el mejoramiento de la institución militar, 2.000 individuos de tropa, cuadros de jefes y oficiales, cinco mariscales y un teniente general. A éste se le dieron instrucciones para que duplicara los efectivos.

Al tratar de reclutamiento, se pensó en el sorteo, que en España estaba vigente; pero se tropezó con el gran obstáculo de las resistencias que los criollos y mestizos presentaban para tomar como solo oficio el de las armas, y además, con la falta de estadística, que al sorteo debiera servir de base; y puesto que al

Inspector de las tropas le urgía su pronta organización, resolvió hacer uso del enganche, de la consignación verificada por las autoridades locales, y, al fin, de la leva forzosa. Por tal manera, en cada provincia debían levantarse uno ó dos regimientos, equipados por la misma, y armados por cuenta de la Hacienda Real. El enganche se usó, en lo general, para reunir criollos y mestizos, y la consignación de las autoridades abarcó también á éstos; pero la leva forzosa se hizo efectiva, cuando llegó el caso, casi en la sola raza indígena.

La oficialidad, con escasa disciplina, y teniendo la conciencia del poder que le daba la fuerza armada, se mostró poco atenta á la autoridad civil, y hasta á los comunes intereses sociales.

En 1787 el Ejército completa su organización, y los oficiales subalternos de las nuevas tropas se reclutaron ya entre jóvenes de las principales familias de la Nueva España, vendiéndose los empleos en \$6.500 el de capitán, \$3.000 el de teniente y en \$2.000 el de subteniente ó alférez.

En tales condiciones se hallaban aquí las instituciones militares al ir finalizando el siglo xviii.

Desconocido del mundo antiguo este territorio trescientos años antes, fraccionado en reinos y señoríos enemigos, los conquistadores lo hicieron homogéneo, formando así la base de la nueva nacionalidad mexicana, en que apareció la raza mestiza. Los hombres de esa nueva raza formaban el nervio del Ejército.

Concluía el siglo xviii. Eran los tiempos de conflagración en que se presentaban á la admiración universal la República de los Estados Unidos con su hermoso ejemplo, separándose del dominio de Inglaterra, y la Revolución francesa, con la sanción de los derechos humanos. El verbo de la independencia nacional hablaba en Nueva España, en secreto, con vario lenguaje, á todos los oídos de los criollos, mestizos é indígenas, y conmovía á todas las almas.

Las fuerzas del Gobierno de la Colonia sumaban en 1808 unos 40.000 hombres de tropas permanentes y milicias, que estaban en asamblea. De las primeras habíase hecho una concentración en las inmediaciones de Jalapa, de 15.000 soldados, con 20 batallones, 24 escuadrones y 34 piezas de artillería.

En una lucha cruentísima iban á entrar aquellos elementos militares.

Guerra de independencia.—En el mismo año de 1808, que hemos citado, es sorprendida en Valladolid una conspiración de varios militares y paisanos; tratábase en ella de dar un gobierno propio á México. En 1810 le sucede otra en Querétaro, que se propaga á varias poblaciones del interior; la encabeza el cura del pueblo de Dolores, y la secundan algunos oficiales criollos, Allende, Abasolo y otros.

Aquel cura, Miguel Hidalgo, en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, á las puertas de su iglesia, da el grito contra la dominación española, acompañado de catorce hombres; y su voz, que sonando en el atrio humilde de la iglesia de un pueblo, había de repercutir con ecos atronadores en los valles y en las montañas de todo el territorio mexicano; que había de inflamar las almas de los que eran llamados á formar una nación, produciendo, después de once años de luchas terribles, la soberanía é independencia de la misma, aquella voz arrebató á los presentes, y, bien luego, las tropas de Hidalgo ascendieron á 600 hombres. El primer paso estaba dado: sabía Hidalgo que era el iniciador del gran pensamiento que tendría por resultante la formación de una nacionalidad libre y soberana; pero sabía también que los iniciadores de esas grandezas tienen que quedar sacrificados en el áspero camino que emprenden.

Pronto el caudillo contó con millares de indígenas, sin organización ni disciplina, y sin más armas que los instrumentos de labranza, piedras ó palos. Pocas fuerzas del ejército se unieron á aquellas avatachadas que invadieron gran parte del territorio.

En el momento en que surge la insurrección, con sus naturales desmanes y sus terroríficas amenazas contra la dominación española, se excitan los partidarios de ésta, y en primer término, el virrey, con toda su administración; los hijos de la península ibérica, engreídos con su papel de dueños y señores del territorio americano; los grandes propietarios, que ven con la revolución amagados sus intereses; los soldados que, sin pensar en la patria, sólo atendían á hacer una brillante carrera, y especialmente el clero furibundo, á quien la sola palabra *libertad* pareció una herejía.

Se encrespan las olas de los bandos encontrados, chocan entre sí, y retroceden para volver á encontrarse tintas en sangre.

Por una parte, el poder y los buenos armamentos; por otra, los siervos de ayer, en bandas indisciplinadas, sin más escudo que el pecho, y sin más arma que la improvisada en el momento de saltar á la ardiente arena de la lucha.

Los insurrectos ocupan grandes ciudades, combaten contra tropas disciplinadas, brindándose furiosos, aunque inermes, á la carnicería; su táctica fué en un principio dejarse matar, para, después de causar por este medio al enemigo, fatigándolo en su feroz tarea, los millares y millares que aun restaban, lograr vencerlo. Era la masa continua, que caía y caía y no acababa; era la muchedumbre que mellaba el sable que sobre ella se hundía, que agotaba el parque de los fusiles y cañones que sobre ella se disparaban, y



Soldados de la época de la Conquista

ahogaba al fin á sus contrarios con su peso; pero aquella muchedumbre fué mermando, y sucumbía.

Pavorosa, repugnante, sangrienta lucha, cuyas tremendas primeras joriadas se llamaron «el Castillo de Granaditas,» en la ciudad de Guanajuato; «el Monte de las Cruces,» «Aculco» y «el Puente de Calderón,» lugar donde el 17 de Enero de 1811, 93.000 insurgentes fueron desbaratados por 10.000 soldados realistas.

Hidalgo había sido vencido por el general Calleja. Tropas como las que fueron derrotadas, no se baten nunca en retirada; huyen y se dispersan. Así es que aquella aglomeración inmensa de hombres se desvaneció como el humo, y solamente algunos centenares de soldados regulares seguían á los principales caudillos en su retirada al Norte. La traición les sorprende, é Hidalgo y sus tenientes, á virtud de ella, caen en poder de los realistas y suben al cadalso, para sellar con su sangre la santa causa de la independencia.

El licenciado D. Ignacio Rayón recoge, al caer de la mano de Hidalgo, la desgarrada bandera de la causa mexicana, y la tremola con firme y robusto brazo.

Toma la guerra otro aspecto: las masas inermes é indisciplinadas de indios ya no vuelven á congregarse; las desgracias sufridas amaestran á los jefes de la insurrección, y procuran preparar mejor sus elementos, dando organización militar á sus fuerzas, en que figuran más los mestizos que los indígenas.

Columnas volantes, tropas que se fortifican en ciudades y montañas, guerrillas sinnúmero, en valles y serranías sostienen la campaña.

Las guerrillas mexicanas, favorecidas por las escabrosidades del terreno, de improviso cruzaban á veces las llanuras, rápidas en sus veloces caballos, para remontarse después de consumir una sorpresa. No excedía de cien hombres cada banda, y caían sobre fuerzas en marcha ó destacamentos aislados.

La audacia del mestizo se mostraba principalmente con el cura Morelos, quien realizaba verdaderas hazañas en el Sur, en tanto que Rayón establecía su cuartel general en Zitácuaro, atrincherando la ciudad y las montañas vecinas, en las que al fin fué vencido.

